



## CAPITULO XXIV

### *Ruptura definitiva de Danton y los girondinos (Noviembre 92).*

Danton perseguido por la Gironda.—Los tres enemigos de Danton: Lafayette, Roland, Robespierre; sus acusaciones sin pruebas.—Carácter de Danton; su insociabilidad; Danton no quiere otra cosa que ser Danton.—En lo que él diferencia á los girondinos de los Jacobinos.—Fue humilde de origen, no acomodado. No tuvo nada de fariseo.—Los indulgentes: Danton, Desmoulins, Fabre d'Églantine.—Palabra peligrosa de Danton en favor del rey.—Situación embarazosa de Danton.—Su esposa enferma.—Virtudes y fin de madama Danton.—Este no puede vivir en París.—Su última entrevista con los girondinos.

Hacia mucho tiempo que la Gironda se aproximaba á Danton. Era muy tarde.

La pendiente fatal del proceso brusco y precipitado del furor de unos, el miedo de otros, era muy fácil de observar. Los girondinos iban arrastrados. Si había alguna probabilidad todavía, no para el rey, sino para ellos mismos, fué por un rápido acuerdo con una de las dos fuerzas que componían la Montaña. ¿Había algo de inexplicable entre estos y Danton que les impedía aproximarse? Nada se veía. Ni Danton ni nadie había ordenado los hechos de Septiembre. La dictadura de Danton, si realmente hubiera debido temerse, no existía ya, con la importancia que los gastos de los girondinos aseguraban á Robespierre. Esto es lo que hacían los más sabios entre ellos.

Ni Vergniaud, ni Condorcet, ni el mismo Brissot lo ignoraban. Claveries, con los ministros de Marina, de Negocios Extranjeros, Monge y Toudu-Lebrun, recibieron cuentas de Robespierre. Claveries, ex-banquero ginebrino, afirmó que las grandes cuestiones de policía política (y más en una crisis como aquella) no se podían tratar como cuentas domésticas de sueldos y menudencias.

Danton hubiera quedado completamente limpio si su principal acusador hubiese querido asistir al Consejo de ministros. Roland se abs-

tuvo. Transcurrió un mes sin que apareciera y después ya no quiso ir. Danton no quedó nunca completamente purificado ante la opinión. Los Roland y sus amigos se encontraron con que habían neutralizado en él una de las más grandes fuerzas para la República, á quien más la sirvió y podía salvarla aún.

Diariamente destruían la confianza que había inspirado; bien puede ser la confianza en sí mismo. Desde la primera ocasión, el 29 de Octubre, en la acusación solemne de Roland contra la Montaña, no encontramos ya en las palabras de Danton la precisión vigorosa que le era peculiar. Se contentó con responder vagamente; camina hacia la frialdad, evita, elude. No recrimina ya á la Gironda como el 25 de Septiembre. La sola cosa clara y positiva de su discurso es que desautoriza á Marat más elocuentemente de lo que lo había hecho: «Declaro ante la Convención y la nación entera que no estimo á Marat; declaro con franqueza que he estudiado su temperamento; no solamente es volcánico y díscolo, sino insociable...»

En el momento fatal en que vemos debilitar, palidecer el soberano vigor de una cabeza en cuya poderosa fuerza se apoyó la patria un día, permítasenos examinar en dos palabras si verdaderamente Francia estaba obligada, por la justicia y el honor, á una ingratitud, á renegar de quien tanto debía.

Todas las acusaciones contra la probidad de Danton descansan sobre las alegaciones de tres de sus enemigos.

La primera solamente tiene algo de veracidad. Lafayette afirma que Danton vendió su cargo de abogado al consejo por diez mil libras (cifra muy corta ciertamente). La corte, sin embargo, le dió cien mil. De aquí la esperanza de la reina y sobre todo de madama Elisabeth, de que Danton defendería, si no la corona, al menos la vida de la familia real.

La segunda acusación era la de Roland, relativa á los fondos que Danton había dilapidado en su ministerio. Hemos visto á cada momento las necesidades terribles de la época que exigían dar, arrojar muchísimo dinero.

Estas negociaciones subrepticias que exigía la salud pública no eran precisamente de las que podían explicarse, poniéndolas en estado de limpieza indubitable. En estos momentos de crisis el dinero rueda, desaparece sin saber cómo. Cada ministro tenía cuatrocientos mil francos para gastos secretos. Danton empleó sólo los suyos y salvó la patria. Lo que costó la negociación prusiana y por otra parte el contracomplot de Bretaña, la traición de los traidores no se podía saber, pero cuatrocientos mil francos parecen muy poca cosa en asuntos semejantes. Los demás ministros ni gastaban ni hacían nada. ¿No eran, pues, éstos realmente quienes necesitaban una amnistía?

La tercera acusación era la que Robespierre y sus amigos repetían incesantemente. Danton, enviado á Bélgica, apoderándose por las nece-



sidades de dinero de los objetos de las iglesias. ¿La prueba? Acusaciones de los mismos belgas. Débil prueba, si existía. ¿Quién no conoce el odio y la rabia que se desencadenó contra quienes por entonces querían la unión de Bélgica?—¿Pero esta prueba existe?—No; ha existido.—¿Dónde?—En un expediente de Lebas, el íntimo de Robespierre, expediente que había sido quemado más tarde por los dantonistas. ¿Pero todo esto quién lo prueba? Es como un círculo vicioso. La palabra de Robespierre es para apoyar el expediente.—¿Y el expediente?—Es la palabra de Robespierre.

Es muy extraño aceptar por única prueba contra el honor de un hombre las palabras de sus enemigos.

Se dirá que los tres son honrados. Sí, desde luego, pero inspirados por el odio y después crédulos en proporción directa con esta misma pasión. Lo que está fuera de duda era la fuerza incalculable que dan á las acusaciones, la perseverancia, la unanimidad con la que innumerables sociedades jacobinas repetían, reproducían la fórmula conocida en París, cantando invariablemente, sin que faltara ni una sola vez el mismo coro. Se vió en el siglo XVII, sobre todo en la guerra de los jesuitas contra Port-Royal, la fuerza invencible de una palabra repetida á todas horas, todos los días, por un coro de treinta mil voces. Y aquí no eran treinta mil, sino doscientas mil ó más. El oído, una vez habituado, acaba por aceptar este rumor como opinión general; *la voz del pueblo es la voz de Dios*. Comiézase dulcemente, por un tono bajo, muy bajo; se eleva lentamente con un crescendo hábilmente preparado y se llega hasta la violencia sin detenerse ya. Sobreviene el estallido; el enemigo queda aturdido, hundido...

La fortuna de Danton, de la cual tengo un detalle auténtico (que usaré á su debido tiempo) parece haber podido variar desde el 91 al 96. Consistía en una casa y algunos pedazos de tierra en Arcis, que ensanchó muy poco, y los cuales posee aún su honrada familia.

Yo no digo que Danton y todos los hombres que entonces manejaron los negocios en medio de la tempestad no hayan vivido con largueza, no hayan amontonado y perdido, no hayan sido malos administradores de la fortuna pública. Pero que hayan robado, que en medio de tantos peligros, seguros de morir al día siguiente, hayan tenido la baja é innoble prevención de llenar sus bolsillos para vaciarlos en el patíbulo, no lo creeré jamás.

Danton, con una naturaleza á propósito para los vicios, no tenía ninguno que fuera costoso. Ni era bebedor, ni jugador, ni tuvo ningún lujo ni pudo tenerlos. Era precisamente aquella la época en que los hombres de lujo tenían necesidad de arrojarlo de sí. Amaba las mujeres, es verdad, y sobre todas la suya. Las mujeres era la parte sensible por donde los partidos le atacaban, queriendo conquistar alguna influencia sobre él. Así el partido de Orleans trató de hechizarlo por medio de la hermosa princesa, la hermosa señora Buffon. Danton, por imagina-

ción, por exigencia de su temperamento fogoso, era muy inconsecuente. Sin embargo, su necesidad de amor real le conducía todas las noches á su hogar, al lado de la buena y querida mujer de su juventud, en la obscura cámara del viejo Danton.

En realidad no tenía ningún vicio caro, sino una larga é inevitable hospitalidad, una mesa siempre preparada, á la que sus amigos (y el número era grande) debían de su grado ó por fuerza sentarse. Siempre fué el mismo, aun en sus épocas de pobreza, ignorando siempre el valor del dinero. Abogado sin pleitos, sin poseer dietas, socorrido por su buen padre, el limonero de Pont-Neuf, que le proporcionaba algunos luises cada mes, vivía regiamente en París, sin preocupaciones ni inquietud, ganando poco, no deseando nada, derramando por todas partes el oro inapreciable de su palabra. Era entonces muy ignorante, no leía nunca. Tenía horror á la pluma, hasta el extremo de no encontrarse escritos suyos. Cuando le faltaban víveres se marchaba á Fontenay, cerca de Vincennes, donde su padre poseía una pequeña finca.

Suponer que tal personaje pudiera trocarse en un ser calculador, egoísta, es hacer demasiado honor á su imprevisión. Suponer que amaba locamente y por encima de todo la moneda, es una metamorfosis original, rarísima, increíble. Lo que sí es muy probable, verosímil, es que en su ministerio hubiera el mismo orden que en su casita del pasaje del Comercio, pues Danton, ni era fuerte en aritmética ni tuvo jamás predilección á hacer logaritmos. Habituado á vivir como un bohemio, no importa como, hace el mismo caso del dinero de la República como del de su buen padre, con la diferencia que en lugar de la buena y sabia madama Danton que aún lograba poner un poco de orden en el hogar, tuvo en el gran hogar de la República por administradores y amas de gobierno á sus amigos Lacroix, Fabre, Westermann y otros, quienes para el juego ó el amor abusaban frecuente y escandalosamente de la demasiada amistad.

Los hombres de esta época, acostumbrados á ver en cada hombre y en toda cosa un fin premeditado y positivo, preguntaron: «¿Qué quería Danton? ¿Hacia dónde mira? ¿Si no soñaba en el dinero, aspiraba entonces al poder? ¿Anhelaba la dictadura?—Esta fué la cuestión planteada por los girondinos, y esto prueba elocuentemente su espíritu superficial, poco capaz para penetrar en las profundidades de la naturaleza, bien observada.

Un estudio atento y minucioso de este carácter nos autoriza para decir lo que del resto han dicho dos contemporáneos bajo otra forma: *Danton no quería ser otra cosa que ser Danton*, es decir, dar expansión á toda la fuerza que residía en él. No tenía ambición política, sintiéndose instintivamente una potencia natural, un elemento, como el rayo, el mar. ¡Ser rey! ¡Qué miseria! ¿Trocarse en el rey de la revolución destruyéndola? Esto hubiera sido descender para quien se sentía la revolución misma.



Madama Roland jamás comprendió nada de esto. Desconocía en absoluto, crasísimamente á quien aborrecía.

Madama Roland y la Gironda, lo mismo que Robespierre y los jacobinos, pertenecían como ya hemos dicho, al siglo XVIII, á Rousseau, á la burguesía filosófica. Todo eran espíritus de análisis y lógica. Danton era una fuerza orgánica: diferencia profunda de naturaleza y de método que debía convertirlos á aquellos y á éste en enemigos irreconciliables, más irreconciliables aún que su odio.

Danton, á pesar de su notable relieve como figura de actualidad, no ha sido exclusivamente hombre de su siglo. Pertenece á un elemento muy denso de las masas que jamás varía. Ocurre como con el Océano: creéis sin duda que el movimiento, las variantes que aparecen en la superficie revelan la agitación profunda del mar. Nada más equivocado. A veinte ó treinta pies de la superficie, salvo ciertas corrientes, el Océano permanece inmóvil. Así es eternamente la masa de campesinos de Francia.

Todo cambia: sólo ellos no cambian jamás.

Danton, de raza de agricultor, tenía sobre las condiciones de abogado, de tribuno, de gran orador, una corteza de campesino. Se le adivinaba sin dificultad por su recia estructura, sus anchas espaldas y sus manos rudas. Su rostro de cíclope cruelmente minado por la viruela, recordaba el de la gente de campaña, donde los niños no reciben más cuidados que los de la naturaleza: La escuela no le modificó gran cosa, gracias á la holgazanería del alumno. Con modificaciones de educación y situación, subsiste en él el personaje enérgico, conocido entre los campesinos de Champagne, los astutos compatriotas del *buen La Fontaine*.

Estos hombres que se cree sencillos no lo son para aceptar principios de muy dudosa ortodoxia. Admiten, por ejemplo, sin dificultad, la falsa doctrina de que existen dos morales, una pública, otra privada, y que la primera, si es necesario, debe ahogar á la segunda. Es la teoría de todos los políticos de la época. Creíanse hijos de Bruto, siéndolo de Maquiavelo. Los jesuitas no se hubieran expresado de mejor modo: todo se permite para el mayor bien.

Grave principio de corrupción para los hombres revolucionarios.

En Danton se reveló siempre incontestablemente la inconsecuencia de principios opuestos: nunca las ideas de violencia y humanidad se ligaron en su alma en maridaje bastardo, sino al contrario, repudiándose. No fué siempre sincero; como los demás, intrigó, mintió. Desde luego, no mintió por aparentar bondad. Entre el cúmulo inmenso de palabras improvisadas, lanzadas en el variable curso de los acontecimientos, no se le encuentra una que revele al parisién. Su defecto fué todo lo contrario.

Lo que oculta ó lo que brilla frecuentemente en sus discursos y muchas veces en sus actos, esto fué lo que tuvo de bueno. Una multitud de hombres á quienes él salvó (cada día la tradición revela hechos de este género) afirman la humanidad de Danton.

Sus amigos no se equivocaron; vieron ese lado sensible de Danton, esto es, que tenía corazón.

Tanto él como los suyos fueron bautizados desde entonces con una palabra: los *indulgentes*. Sus fanfarronadas terroristas no les sirvieron de nada.

No se pudieron lavar de este crimen. Danton, Camilo Desmoulins, Fabre de Eglantine abrieron y cerraron la revolución con una palabra proscrita: *clemencia*. El último en su *Philinte* escribe al final de su obra esta palabra, esta voz del verdadero corazón de la Francia: Nada hay grande sin la piedad.

Se ha visto (tomo II) en nuestras citas de Camilo Desmoulins como intentaba eludir las terribles exigencias de Marat, compartiendo con él, dándole alguna cosa para salvar mucho más. Esta fué la opinión común, su contradicción. Creyeron al terrorismo como principio, lo admitieron como necesidad absoluta para la salud pública, y creyeron que organizando el terror podrían limitarlo.

Necesitábase entonces excesivo valor, desde que terminó el 92, para arriesgar una palabra de piedad. Danton cuando comenzó el proceso del rey, se aventuró, intentando despertar, no la misericordia, sino la generosidad del vencedor, el instinto magnánimo de no acabar con el enemigo arrastrándole por los suelos. Este detalle lo hace constar en honor de Danton un historiador digno de crédito y enemigo suyo.

La obra no era difícil si se hubiera podido hablar á la Francia. ¿Pero cómo? ¿Por los periódicos? Danton se abstuvo siempre. Nada hubiera sido menos inseguro. Prefería dirigirse al club, seguro de que una palabra elocuente que expresara la justicia y prendiera en la muchedumbre, se extendería rápidamente hasta lo infinito, como las vibraciones del día y de la luz que en un momento irradian millones de leguas. Danton creía que en un pueblo eminentemente vivo, nervioso, la chispa de la magnanimidad puede provocar un incendio inmenso de misericordia, transformándolo todo. Guardóse muy bien de hacer sus ensayos con los jacobinos en el centro de la política revolucionaria. Prefería el club de los cordeleros, la antecámara del furor y de la violencia, porque Danton creía en el corazón de los furiosos. Un día que algunos cordeleros le censuraron porque no hablaba ya del proceso del rey retardando su muerte, contestó: «Una nación se salva, pero no se venga».

Admiráronse los cordeleros, pero la frase ganó poco terreno. Acerca de esta cuestión existía un partido, una emulación, una especie de apuesta entre los furiosos. Luchaban en el fatal terreno del honor y la fé revolucionarios, en el que no se podía retroceder ni un paso.

La situación de Danton era muy embarazosa. No pudiendo tratar con los furiosos debía dirigirse á los moderados, dar la mano á la Gironda, ganar por ella el lado derecho y arrastrar el centro y dar el sorprendente espectáculo de un Danton moderado afrontar el epíteto de traidor que de un golpe le arrancaría á todos sus amigos de la Montaña, sién-